



IMPEDIMENTA

YŪ MIRI

*Tokio, estación de Ueno*

*Traducción de Tana Ōshima*





*Tokio, estación de Ueno*



YŪ MIRI

*Traducción del japonés a cargo de  
Tana Ōshima*



IMPEDIMENTA





*NATIONAL BOOK AWARD, 2020. Una historia bella y triste, gloriosa y poética, sobre familias divididas. Una de las más brillantes novelas japonesas de los últimos tiempos.*

*«Gloriosa.»*

The New York Times Book Review

*«Una novela serenamente meditativa y sutilmente espectral.»*

Publishers Weekly

Vuelvo a oír aquel ruido.

Aquel ruido...

Lo estoy oyendo.

Pero no sé si lo estoy sintiendo o si simplemente lo estoy pensando.

No sé si estoy dentro o fuera.

No sé ni cuándo fue, ni quién fui.

¿Acaso importa?

¿Importó alguna vez...

... quién fui?

Solía pensar que la vida era como un libro en el que uno pasa la primera página y entonces viene la siguiente, y luego la siguiente, y uno sigue pasando páginas hasta llegar a la última. Pero la vida no tiene nada que ver con las historias que se cuentan en los libros. Puede que contenga palabras y que las páginas estén numeradas, pero carece de argumento. Aunque haya un final, nunca termina.

Yo... me quedé.

Como el árbol que queda plantado en el jardín vacío de una casa que han tirado abajo porque sus cimientos están corroídos, me quedé.

Como el agua que queda en un jarrón del que han sacado unas flores marchitas.

Me quedé.

¿Y qué es lo que queda, entonces?

Una sensación de cansancio.

Siempre estaba cansado.

No hubo ni un momento en el que no lo estuviera.

Cuando tenía que vivir, porque la vida me perseguía. Y cuando vivía sin ganas, porque la vida me eludía.

Sin nada por lo que vivir, simplemente viví.

Pero eso ya se acabó.

Observo como hacía siempre, despacio.

El paisaje no es el mismo, pero se parece al que yo conocí.

En algún lugar de este paisaje monótono hay un dolor.

Y en este tiempo tan similar a otros también hay un instante de dolor.

Lo observo.

Hay mucha gente.

Cada persona es distinta.

Cada persona tiene una cabeza, una cara, un cuerpo y un corazón distintos.

Eso ya lo sé.

Pero si las miro con distancia me parecen todas parecidas, sino iguales.

Sus caras no son más que pequeños charcos.

Busco mi imagen entre la gente que espera la llegada del tren circular de la línea Yamanote.

Me busco a mí bajando del vagón y poniendo un pie por primera vez en el andén de la estación de Ueno.

Nunca me vi bien en las fotos. Nunca me gustó la imagen que me devolvía el espejo o la superficie de un cristal. No creo que fuera feo, pero nunca nadie se fijó en mí.

Más que mi aspecto, me preocupaba ser tan tímido e inútil. Pero lo que peor llevaba era tener tan mala suerte.

Porque tuve muy mala suerte.

Vuelvo a oír aquel ruido. Solo oigo ese chirrido, tan vivo que es como si la sangre corriera a través de él, como si un líquido de un color dotado de vida corriera a través de él. En aquel momento ya no podía oír nada más que ese ruido que martilleaba en el interior de mi cabeza dejándola dolorida, febril y

aturdida, igual que si tuviera una colmena dentro y cien abejas estuvieran tratando de salir volando a la vez. No podía pensar en nada. Mis párpados temblaban como golpeados por la lluvia. Entonces cerré el puño y encogí todos los músculos del cuerpo y...

Quedé cortado en pedazos, pero el sonido no murió.

Quise capturarlo y encerrarlo, o llevármelo lejos, pero no pude.

Quise taparme los oídos, quise levantarme e irme. Pero no pude.

Desde aquel día estoy atado a ese sonido.

*¿Estoy?*

«Atención. El tren con destino a Ikebukuro-Shinjuku está a punto de entrar en la estación. Por su seguridad, manténgase detrás de la línea amarilla.»

*Puuuuuuuuuum      traaaacatán-tracatán-tracatán-uum  
shhhhhh tracet...*

Al lado de la estación de Ueno, junto a la salida que da al parque, nada más cruzar el paso de peatones, crece un ginkgo. Es habitual ver a un grupo de sintecho sentado alrededor de ese ginkgo.

Hubo un tiempo en el que yo también me senté ahí, derrotado y decaído, sintiéndome como uno de esos hijos únicos que han perdido a sus padres demasiado pronto. Pero mi realidad era muy distinta. Mis padres no salieron nunca de Yasawamura, una aldea perteneciente al municipio de Sōma, en la provincia de Fukushima. Vivieron hasta pasados los noventa años, después de haber criado a ocho hijos. Primero me tuvieron a mí en el año 8 de la era Shōwa,[1] y luego concibieron siete hijos más, uno cada dos años: la mayor, Haruko; Fukiko, Hideo, Naoko, Michiko, Katsuo y, por último, Masao. Al benjamín, Masao, yo le sacaba, pues, catorce años. Más que mi hermano pequeño, era casi como un hijo para mí.

Pero pasó el tiempo.

Y aquí me quedé sentado, solo envejeciendo, durmiendo a trozos un sueño ligero y efímero, roncando de puro cansancio.

Y, cada vez que abría los ojos me encontraba con el balanceo suave de las sombras enredadas que dibujaban las hojas del ginkgo sobre el suelo, me sentía maravillado, sin saber muy bien qué eran aquellas figuras, que sin duda tenía que haber visto muchas veces, porque yo vivía ahí, llevaba ya muchos años viviendo en este parque.

—Estoy harto.

Un hombre que parecía estar dormido escupe estas palabras mientras expulsa por la boca y por la nariz una columna de humo blanco que se eleva despacio hasta desaparecer. Las ascuas del cigarrillo que sujeta entre el índice y el corazón están a punto de quemarle la piel. Aunque toda su ropa luce descolorida y desgastada por años de sudor y de mugre, la gorra de *tweed*, la chaqueta a cuadros y las botas marrones de cuero le dan un aire de cazador extranjero.

Siempre había bastantes coches circulando por la avenida Yamashita en dirección a Ugu'isudani. Cada vez que el semáforo se ponía de color verde y emitía ese sonido para invidentes similar al trino de un pájaro, la gente que acababa de subir las escaleras de la salida al parque de la estación de Ueno cruzaba el paso de peatones y se dirigía hacia donde nosotros estábamos.

Con el cuerpo inclinado hacia delante, el hombre contempla a todas esas personas que atraviesan la calle, tan bien vestidas. Es evidente que tienen una casa a la que volver al final del día. Las observa como si estuviese buscando un lugar en el que apoyar la mirada. Luego levanta el cigarrillo con una mano temblorosa, como si solo tuviera fuerzas para eso, se lo lleva a la boca y fuma. Tiene el pelo alborotado, más blanco que negro. El hombre emite un largo suspiro, balbucea algún pensamiento ininteligible, tira la colilla al suelo con sus dedos envejecidos y apaga el fuego con la suela de sus botas descoloridas.

A su lado hay otro hombre durmiendo. Su puño está aferrado a un paraguas de plástico transparente que utiliza de bastón, y entre sus pies hay una bolsa translúcida repleta de latas vacías de aluminio que sin duda habrá recogido del contenedor de basura.

Una mujer con el pelo cano recogido en un moño dormita sobre sus brazos, que a su vez están apoyados en una mochila roja.

Son caras nuevas, y son menos de las que había.

El número de sintecho aumentó cuando estalló la burbuja financiera. Durante aquellos años, el parque quedó totalmente tapizado del azul de las lonas que cubren las chozas de cartón, solo se salvaban los caminos y los edificios.

Cada cierto tiempo, cuando la familia imperial anunciaba su visita a uno de los museos del parque, nos desalojaban. Nos pedían que desmanteláramos las tiendas y dobláramos las cajas y nos echaban... Y cuando volvíamos al atardecer, nos encontrábamos con carteles que decían cosas como «Mantenimiento de césped. Prohibido pisar». Cada vez teníamos menos sitio donde instalarnos.

Muchos de los sintecho del parque de Ueno proceden de la región de Tōhoku.[2]

Hubo una época en la que el parque era una verdadera *puerta* para las provincias del Norte: durante el período de rápido crecimiento económico, muchísimos jóvenes de Tōhoku se subieron al tren nocturno y llegaron a Tokio como mano de obra emigrante. La estación de Ueno era lo primero que pisaban al llegar, y también el lugar desde donde cogían el tren para volver a sus casas durante unos pocos días en Obon,[3] sin más equipaje que algunas prendas y la ilusión del reencuentro.

Y así han transcurrido cincuenta años. Fallecidos sus padres y sus hermanos y sin un hogar al que volver, aquellos hombres, ahora sin un techo sobre sus cabezas, pasan aquí cada uno de sus días.

Los que se sientan alrededor del alcorque del ginkgo siempre están durmiendo o comiendo.

Un hombre con una gorra azul marino hundida hasta las cejas, camiseta verde militar y pantalones negros come de una caja de *bentō*[4] que tiene

sobre las rodillas.

La verdad es que conseguir comida no era difícil.

En Ueno hay muchos restaurantes de barrio de toda la vida. La gran mayoría dejaban la puerta de atrás abierta después de cerrar, quizá porque sabían que por la noche entrábamos para buscar algo de comer. De hecho, solíamos encontrar las sobras del día cuidadosamente guardadas en una bolsa limpia sobre un estante, lejos de la basura, para que no nos confundiéramos. Era un acuerdo tácito.

Las tiendas de conveniencia también nos dejaban apilados, unos sobre otros junto a los contenedores de basura, los *bentō*, los sándwiches y los bollos que caducaban ese día, y si conseguíamos llegar antes de que pasara el camión de recogida, podíamos llevarnos todo lo que quisiéramos. Todo un botín. En las épocas de calor había que comérselo todo enseguida, pero en temporadas de frío podíamos dejarlo unos cuantos días en la tienda y calentarlo después en la estufa de gas.

El Centro Municipal de Tokio servía arroz con curry todos los miércoles y domingos por la noche. Los viernes, la iglesia del Fin de la Tierra-Jerusalén, de origen coreano, montaba su comedor social en el parque, y lo mismo hacía la Misión Amor de Dios cada sábado, una misión teresiana. Junto a un banderín que decía: «Arrepentíos, que el reino de los cielos se acerca», una joven de pelo largo tocaba la guitarra y entonaba un himno mientras una señora de cabello permanentado removía una olla gigante con un cazo. Llegaban sintecho de todas partes, de Shinjuku, de Ikebukuro y de Asakusa; a veces se formaban colas de hasta quinientas personas. La comida la repartían justo después del himno y del sermón. Podía ser un bol de arroz con jamón, queso, salchichas y un rehogado de *kimchi*;<sup>[5]</sup> o arroz con *nattō*<sup>[6]</sup> y *yakisoba*,<sup>[7]</sup> pan de molde y café... *Adoremos al Señor, adoremos al Señor, adoremos su santo nombre, aleluya, aleluya.*

—¡Tengo hambre!

—¿Sí? ¿Quieres un poco?

—No, no quiero.

—¿No? Entonces se lo come mamá.

—¡Noooo! Ja, ja, ja.

Una niña de unos cinco años que luce un vestido de manga corta del color de la flor del cerezo camina mirando a su madre. La mujer lleva un vestido veraniego con un estampado de leopardo que le marca la silueta de manera evidente. Seguramente sea una trabajadora nocturna.

Por otra parte, una mujer joven con un traje granate las adelanta haciendo resonar sus tacones sobre la acera.

De repente, una lluvia torrencial golpea las hojas del cerezo en flor, y va dejando a su paso pequeñas gotas redondas y oscuras sobre las baldosas del suelo. La gente saca de sus bolsos paraguas plegables de todos los colores, y muy pronto las gotas de agua que se posan sobre ellos se vuelven rojas, negras, rosas, azules con bordes blancos...

Pero, por mucho que llueva, la corriente humana parece no detenerse nunca.

Debajo de sus paraguas, una al lado de la otra, caminan dos ancianas vestidas a juego, con pantalones anchos y negros y camisetas holgadas, que conversan tranquilamente.

—La temperatura está en veintidós grados desde por la mañana.

—Es verdad.

—No sé si llamarlo frío y o fresco. Se nos va a quedar helado el cuerpo.

—Sí, es verdad que hace fresco.

—Ryūji no para de hablar de lo bien que cocina su suegra.

—Uy, qué desconsiderado.

—Me dice que aprenda de ella.

—Qué molesta es esta lluvia.

—Estamos en la estación de lluvias, así que tenemos para más de un mes por lo menos.

—¿Cómo están las hortensias?

—Ahora no hay.

—¿Y el roble jolcham?

—No es temporada tampoco.

—Me da la sensación de que estos edificios son diferentes. ¿Ese Starbucks es nuevo?

—Sí, la verdad es que está todo muy cambiado.

Este es el paseo de los cerezos.

Todos los años, en torno al diez de abril, llegan hordas de visitantes para disfrutar del Hanami.[8]

Mientras los cerezos estuvieran en flor no era necesario buscar comida. Teníamos suficiente con las sobras que iba dejando la gente, y utilizábamos las lonas de plástico que desechaban para renovar las paredes y el techo de nuestras chozas.

Hoy es lunes, el zoo está cerrado.

Nunca traje a mis hijos al zoo de Ueno. Emigré a Tokio a finales del año 38 de la era Shōwa;<sup>[9]</sup> cuando Yōko tenía solo cinco años y Kōichi, tres. El oso panda no llegó hasta nueve años después, y para entonces, los dos eran ya demasiado mayores y habían perdido el interés por estos temas.

Tampoco los llevé nunca al parque de atracciones, ni al mar, ni a la montaña. No asistí a ninguna de sus ceremonias de graduación ni de comienzo de curso, ni visité sus aulas, ni participé en las jornadas de deporte. Ni una sola vez.

A Yasawamura, en Fukushima, donde me esperaban mis padres, mis hermanos, mi mujer y mis hijos, solo iba dos veces al año: en Obon y en Año Nuevo.

En una ocasión, logré tomarme unos días libres justo antes de Obon, y pude llevar a los niños a las fiestas de Haramachi. Lo pasamos muy bien.

Fuimos en tren. El pueblo estaba a una parada de la estación de Kashima en la línea Jōban. Era pleno verano, hacía calor y yo me sentía realmente cansado. Tenía la cabeza y el corazón adormecidos por un sopor feroz y no podía oír con claridad las voces de mis hijos, ni siquiera mis propias palabras. Lo veía todo